

A classical painting of a woman, likely a figure from literature, shown from the back and side. She is wearing a white, draped garment that is open at the back, revealing her bare shoulders and upper back. Her hair is styled in an elaborate, wavy fashion. The background is a soft, warm tone. The text 'Kate Chopin' is overlaid in a large, serif font.

Kate Chopin

El Beso

E LEJANDRIA



Kate Chopin

El Beso

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL BESO

KATE CHOPIN

**PUBLICADO: 1895
FUENTE: AMERICANLITERATURE.COM
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL BESO

Fuera aún había bastante luz, pero dentro, con las cortinas echadas y el fuego mortecino que proyectaba un resplandor tenue e incierto, la habitación estaba llena de sombras profundas.

Brantain estaba sentado en una de aquellas sombras; lo había sorprendido allí y no le importaba. La oscuridad le daba ánimos para mantener los ojos fijos, con toda la ardentía que le placía, en la joven que se hallaba junto al fuego.

Era muy hermosa, con esa coloración rica y definida que es propia de las morenas de buena salud. Estaba completamente serena mientras acariciaba distraídamente el pelaje satinado del gato enroscado en su regazo, y de vez en cuando lanzaba una mirada lenta hacia la sombra donde su acompañante permanecía sentado. Hablaban en voz baja de cosas intrascendentes que, a todas luces, no eran las que ocupaban sus pensamientos. Ella sabía que él la amaba: un hombre franco y vehemente, sin la astucia necesaria para ocultar sus sentimientos, ni el deseo de hacerlo. Desde hacía dos semanas la había buscado con ahínco y persistencia. Ella esperaba confiada a que se declarase, y tenía la intención de aceptarle. El insignificante y poco agraciado Brantain era enormemente rico; y a ella le gustaba y necesitaba el entorno que la riqueza podía proporcionarle.

Durante una de las pausas entre su conversación sobre el último té y la próxima recepción, la puerta se abrió y entró un joven al que Brantain conocía muy bien. La muchacha volvió el rostro hacia él. Un par de zancadas lo llevaron a su lado, y encorvándose sobre su silla —antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, pues no había reparado en que él no había visto a su visita— le estampó en los labios un beso ardiente y prolongado.

Brantain se levantó lentamente; también ella se levantó, pero de un salto, y el recién llegado se quedó entre los dos, con una mezcla de ligera diversión y cierta arrogancia pugnando contra el desconcierto en su rostro.

—Creo —balbució Brantain— que veo que me he quedado demasiado tiempo. Yo... no tenía ni idea... es decir, debo despedirme de usted. —Estrujaba el sombrero con las dos manos y probablemente no advirtió que ella le tendía la mano; la compostura no la había abandonado del todo, pero no se habría fiado de su voz.

—¡Maldita sea, no lo vi ahí sentado, Nattie! Sé que es un compromiso terrible para ti. Pero espero que me perdones esta vez... este primer tropiezo. Pero ¿qué te pasa?

—No me toques; no te acerques a mí —respondió ella con rabia—. ¿Cómo se te ocurre entrar en la casa sin llamar?

—Entré con tu hermano, como hago a menudo —respondió él con frialdad, en su propia defensa—. Entramos por el lado. Él subió y yo vine aquí esperando encontrarte. La explicación es bien sencilla y debería bastarte para ver que el incidente era inevitable. Pero di que me perdonas, Nathalie —suplicó, suavizando el tono.

—¿Que te perdone? No sabes lo que estás diciendo. Déjame pasar. Que te perdone algún día depende de... muchas cosas.

En aquella recepción de la que ella y Brantain habían estado hablando, ella se acercó al joven con una franqueza encantadora cuando lo vio allí.

—¿Me permite decirle unas palabras, Mr. Brantain? —le preguntó con una sonrisa cautivadora, aunque turbada. Él parecía sumamente desdichado; pero cuando ella tomó su brazo y se alejó con él en busca de un rincón apartado, un rayo de esperanza se mezcló con la miseria casi cómica de su expresión. Ella parecía muy franca.

—Quizá no debería haber buscado esta conversación, Mr. Brantain; pero... pero, ay, he estado muy incómoda, casi desgraciada desde aquel pequeño incidente de la otra tarde. Al pensar que usted pudo malinterpretarlo, y creerse cosas... —la esperanza ganaba terreno claramente sobre la miseria en el rostro redondo e ingenuo de Brantain—. Por supuesto, sé que a usted no le importa nada, pero por mi propio bien quiero que entienda que el Mr. Harvy es un amigo íntimo de toda la vida. Es que siempre hemos sido como primos... como hermanos, podría decir. Es el compañero más cercano de mi hermano y con frecuencia se cree con los mismos privilegios que la familia. Ay, sé que es absurdo, impropio, decirle esto; incluso poco digno —estaba a punto de echarse a llorar—, pero me importa mucho lo que usted piense de... de mí. —Le había bajado mucho la voz y se había vuelto agitada. La miseria había desaparecido del todo del rostro de Brantain.

—¿Entonces le importa de verdad lo que pienso, señorita Nathalie? ¿Puedo llamarla señorita Nathalie? —Tomaron un corredor largo y penumbroso bordeado a ambos lados de plantas altas y esbeltas. Pasearon despacio hasta el fondo. Cuando se volvieron para deshacer el camino, el rostro de Brantain irradiaba felicidad y el de ella, triunfo.

Harvy estaba entre los invitados a la boda; y la buscó en un momento poco frecuente en que ella se encontraba sola.

—Tu marido —dijo sonriendo— me ha enviado a darte un beso.

Un rubor vivo le cubrió la cara y el cuello redondeado y terso. —Supongo que es natural que un hombre se sienta y actúe con generosidad en una ocasión como esta. Me dice que no quiere que su matrimonio interrumpa del todo esa grata intimidad que ha

existido entre tú y yo. No sé qué le habrás contado —dijo con una sonrisa insolente—, pero me ha enviado aquí a darte un beso.

Ella se sintió como un jugador de ajedrez que, con el hábil manejo de sus piezas, ve que la partida toma el rumbo previsto. Sus ojos brillaban y eran tiernos con una sonrisa al levantarse hacia los de él; y sus labios parecían hambrientos del beso que le ofrecían.

—Pero, mira —prosiguió él con calma—, no se lo dije, habría parecido una descortesía, pero a ti sí puedo decírtelo. He dejado de besar a las mujeres; es peligroso.

Bueno, le quedaban Brantain y su millón. Una persona no puede tenerlo todo en este mundo; y era un poco irrazonable de su parte esperarlo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB